

LA DECLARACIÓN DE LA GUERRA

El mes de febrero comienza y es aquel en que se consumará el rompimiento. En París, en el mundo oficial, se espera muy poco la paz. El día 1.º el ministro de Negocios extranjeros, M. Drouyn de Lhuys, envía un correo á San Petersburgo, diciéndose que sin duda será el último; y habiendo sabido oficialmente que los jefes de las escuadras inglesa y francesa en el mar Negro han recibido orden de poner el territorio y el pabellón otomanos al abrigo de los ataques de la escuadra rusa, el ministro de Rusia en París, M. de Kisseleff, acaba de manifestar que pedirá sus pasaportes.

El director de política, M. Thouvenel, escribe al general de Castelbajac en 1.º de febrero: «Estamos resueltos á proceder con rapidez y firmeza desde el día en que se pase á vías de hecho. Francia é Inglaterra reunidas deben asentar tan sólo golpes terribles. Deploro con vos la extremidad á que nos reduce la obstinación del emperador Nicolás; mas podemos hacernos la justicia de haber puesto por obra todo cuanto era posible para conjurarla.... Supongo que no tendremos que escribiros mucho á San Petersburgo, y tal vez os enviamos hoy nuestro canto del cisne. Menos rudo será que aquel que sir Hamilton Seymour está encargado de hacer oír al conde de Nesselrode. Dudo que le permitan concluirle. No es un mal para el porvenir que se haya mantenido hasta el fin la diferencia de ambos caracteres. Adiós, general, y sin duda hasta muy pronto.»

En el primer momento, el destinatario de esta carta no quiere desesperar aún de la conservación de la paz. He aquí dos extractos de sus comunicaciones á M. Drouyn de Lhuys: «2 de febrero de 1854. Bien pensado todo, estoy por la paz, si podemos hacerla honrosamente y con seguridad, como es muy posible, según creo, sin ceder nada en el fondo de cuanto queremos asegurar, es decir, la integridad y la independenciam de Turquía. En cuanto á su duración como imperio musulmán, el porvenir decidirá, y espero que sea en circunstancias más favorables, política y moralmente, que las de Europa en la actualidad, sobre todo sin aumento de fuerza para Rusia, que es lo importante.» «10 febrero. Comienzo á esperar que si hay rompimiento diplomático, no habrá guerra, resultado que me parece seguro si Austria y Prusia se mantienen firmes. El emperador Nicolás espera noticias del conde Orloff y las últimas comunicaciones de M. de Kisseleff y de M. de Brunow, para contestar al emperador Napoleón. El retraso de todos

estos correos tiene alguna cosa de extraordinario que, en el deseo general de paz, se interpreta favorablemente.»

Las relaciones diplomáticas se han roto ya; pero aún no hay declaración de guerra. M. de Brunow y M. de Kisseleff marcharon el 6 de febrero, uno de Londres y el otro de París, dejando á los cónsules encargados de los asuntos comerciales. Se han retirado, pero permaneciendo cerca de las fronteras.

Con gran sorpresa de todos los diplomáticos acreditados en San Petersbur-



Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros

go, este es el momento que el emperador Nicolás elige para conferir el gran cordón de la orden de San Alejandro Newski al ministro de Francia. El general de Castelbajac le acepta bajo reserva de la autorización de su soberano. «He pensado, escribí á M. Drouyn de Lhuys el 10 de febrero, que podía ser útil para los intereses de mi patria conservar las buenas relaciones con M. de Nesselrode y sobre todo los sentimientos de benevolencia del emperador de Rusia. También me pareció que un favor concedido al ministro del emperador Napoleón, mientras que jamás se dispensó á un ministro del rey Luis Felipe, podía tener alguna significación política de cierto valor. En fin, en cuanto me concierne personalmente, he creído que una prueba de estimación y de afecto de parte de un adversario político no podía menos de ser honrosa, sobre todo de parte de un

gran soberano y de un hombre del valor y del carácter del emperador Nicolás.»

El canciller de Nesselrode se ha asociado á los sentimientos del tsar, y ha escrito al ministro de Francia: «S. M. el emperador, deseando daros una prueba de su aprecio particular y del afecto que habéis sabido inspirarle por un lenguaje siempre franco y leal, me ha encargado que os envíe las insignias de su orden de San Alejandro Newski. Me felicito de ser en esta ocasión intérprete de las benévolas intenciones de mi augusto señor, y permitidme ofreceros mi más sincero parabién, así como la seguridad de los sentimientos de amistad y de alto aprecio que os he profesado invariablemente.»

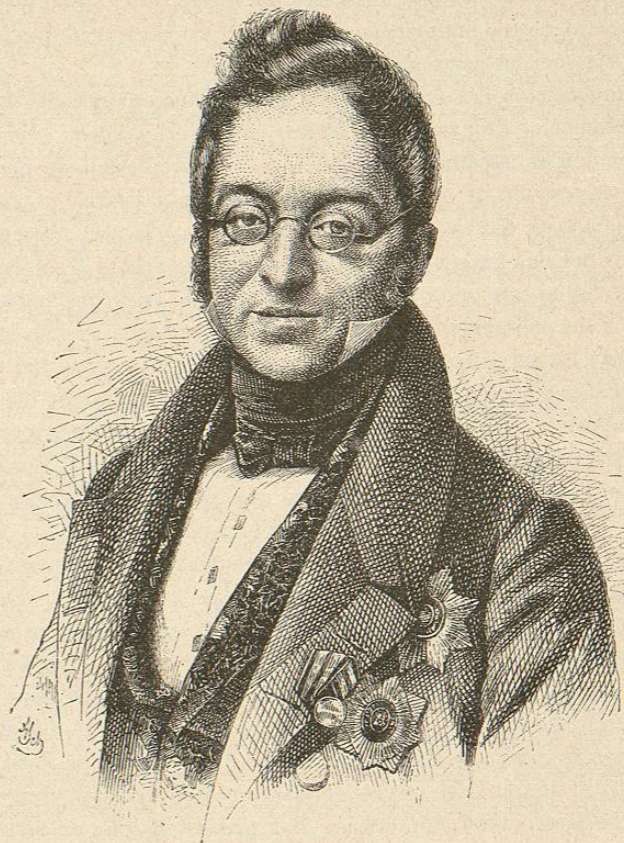
No solamente no ha recibido el ministro de Inglaterra sir Hamilton Seymour ninguna condecoración, sino que el emperador Nicolás le profesa tanta enemistad como benevolencia al ministro de Francia. En el fondo, el general de Castelbajac aprecia muy sinceramente la persona del tsar; y en 11 de febrero escribe á M. Thouvenel: «En su penosa indecisión, sus escrúpulos religiosos por una parte y sus escrúpulos humanitarios por otra; en su altivez resentida en presencia del sentimiento nacional y de los peligros á que su imperio se halla expuesto, y en el combate violento de estas diversas impresiones, el emperador Nicolás ha envejecido diez años. Está enfermo de veras, física y moralmente; este cambio me ha contristado, y no he podido menos de lamentar la lucha moral de esa noble inteligencia contra la costumbre arraigada del dominio y de lo que considera como deberes religiosos y necesidades políticas.

»El emperador Nicolás, dotado al nacer de las más bellas cualidades, fué mimado después por la adulación, los triunfos y las preocupaciones religiosas y políticas de la nación moscovita, cuya exaltación llega en este momento á su colmo. Es preciso retroceder con el pensamiento varios siglos para formarse una idea exacta de lo que afirmo. Véase un ejemplo de ello: Ha circulado aquí el rumor, en el pueblo y en la alta sociedad, de que un ser sobrenatural, vestido de monje, se apareció de pronto al emperador Nicolás, hallándose éste solo y sentado á su mesa de despacho, y le dijo: — Nicolás, hijo de Pablo, ¿es por ambición humana ó por un fin religioso por lo que te propones combatir á Turquía? — Es con un fin puramente religioso, contestó el emperador. — Pues entonces puedes seguir adelante y Dios coronará tus armas santas con las más brillantes victorias.

»Por más que el emperador diga que no ha sucedido nada de esto, todo el mundo cree en su visión. Este es realmente el fanatismo de los antiguos cruzados.»

Es cosa hecha. Las últimas esperanzas del militar diplomático se han desvanecido, y debe abandonar esta capital, donde hasta el último instante había recibido del soberano y de la sociedad de Rusia la expresión de tan verdaderas simpatías. «Querido colega, escribe á M. Thouvenel el 15 de febrero, la fatalidad oriental triunfa sobre la razón y hasta sobre los intereses. Bien juzgabais al decirme que vuestra última carta era «el canto del cisne.» Mi contestación es más

triste aún, y bien podrá ser como un canto de muerte para muchas personas.... Me marchó con todo el mundo, esperando que una circunstancia imprevista, una buena inspiración del emperador Nicolás ó alguna ingeniosa fórmula de



El conde de Nesselrode

cualquier diplomática esfinge, vendrán de pronto á tranquilizar los corazones, deteniendo los brazos dispuestos á herir.»

El mismo día el general se expresa así en su correspondencia oficial con M. Drouyn de Lhuys: «Cuando recibí ayer vuestra comunicación del 6 de febrero, el ministro de Inglaterra había recibido ya sus pasaportes hacía veinticuatro horas, y en consecuencia á la mañana siguiente pedí los míos. Antes de marchar me despediré del emperador Nicolás en audiencia privada, cosa que S. M. ha tenido hoy ya la bondad de indicarme por sí mismo. Hasta el fin ha manifestado por sus actos y sus palabras, respecto á los representantes de ambos

países, sus simpatías por Francia y su irritación contra Inglaterra; y esta diferencia, aunque menos pronunciada, ha sido sin embargo muy notoria en la expresión de los sentimientos de la sociedad de San Petersburgo. Por parte del soberano, hay á la vez cálculo político y el impulso de un carácter entero y apasionado; de parte de la sociedad rusa hay cortesanía ante todo, pero también patriotismo verdadero y preferencia por Francia, de la cual adoptó la lengua y las costumbres sociales hace más de un siglo.»

Esta comunicación del 15 de febrero hace mención además del llamamiento supremo del general de Castelbajac al tsar en favor de la paz. «En mi última conversación con el emperador Nicolás, dice, le he representado de nuevo los peligros de su posición, la responsabilidad que sobre él pesaba ya por haber invadido en tiempo de paz los principados danubianos, y la más grave aún en que iba á incurrir por una guerra que él mismo temía que llegase á ser general y revolucionaria. Sobre este punto le advertí también que así se declaraba fatalmente contrario á los pensamientos morales y políticos de toda su vida, contrario á sus opiniones y los servicios que había prestado á la causa conservadora. En fin, después de haberle cogido, como vulgarmente se dice, por todos los extremos, añadí: Es imposible, señor que no se encuentre una fórmula de arreglo (pues en rigor no se trata más que de una fórmula feliz) para evitar á la Europa entera un porvenir espantoso, obteniendo una paz que está en el interés de todos los soberanos y de todos los hombres humanitarios y razonables.

»El emperador me contestó: — Orloff ha comunicado mis respuestas á las proposiciones de la conferencia, y diré á Nesselrode que os las envíe. — Después me estrechó la mano afectuosamente, añadiendo: — Espero que nos veremos muy pronto; no quiero daros vuestros pasaportes; pero si estáis resuelto á dejarme, no os marchéis sin despediros, pues mi amistad no os lo perdonaría.»

Curiosa coincidencia es que en el momento mismo en que se va á declarar la guerra entre Francia y Rusia se dé en la Opera Cómica de París la primera representación de una pieza que es una especie de apoteosis de Pedro el Grande. Es la *Estrella del Norte*, con música de Meyerbeer y letra de Scribe. En un principio se quiso aplazar el estreno de esta ópera á causa de las circunstancias políticas; pero Napoleón III acaba de ordenar que se ponga en escena sin tardanza, y asiste con la emperatriz á la primera representación que se da el 16 de febrero con una ostentación extraordinaria. Aunque la sala hubiera sido diez veces más grande, no habría podido contener la multitud que se inscribía hacía dos meses en la administración del teatro. Todo cuanto París contiene de notabilidades en el gobierno, en las ciencias en las letras y en las artes se había dado cita en la Opera Cómica. Las damas, todas con traje de baile, rivalizan en belleza, en lujo y elegancia, y muchos extranjeros distinguidos han venido expresamente á París. Inglaterra, Bélgica y Alemania han enviado sus críticos más competentes. La obra y sus intérpretes, la señorita Cardina Duprez, hija del célebre tenor, la señorita Lefebvre, Bataille, Hermann León y Mocker, obtienen

gran éxito; y el final del segundo acto sería muy propio para entusiasmar á la *santa Rusia*. Pedro el Grande se presenta ante los soldados rebeldes, solo y sin armas. «¡Heme aquí, exclama, descubriendo su pecho, soy yo, herid!» Al oír estas palabras, todo el mundo se prosterna, el tsar perdona, y los conjurados se levantan para marchar contra los suecos. ¿No hace pensar esta escena en la insurrección militar que el emperador Nicolás reprimió tan valerosamente el día de su advenimiento al trono? Entre los franceses y rusos que van á matarse no existe, en el fondo, el más mínimo rencor ni la menor antipatía. Los parisienses aplauden el triunfo de Pedro el Grande, lo mismo que si fueran súbditos del emperador Nicolás.

Tres días después el *Moniteur* pública esta nota: «París, 18 febrero. La contestación esperada de San Petersburgo llegó anoche. El emperador Nicolás anuncia que no acepta las proposiciones de arreglo que se le habían dirigido.»

En esta contestación á la carta tan conciliadora de Napoleón III, fechada el 29 de enero, el tsar ha escrito.

«Sea lo que fuere lo que V. M. decida, no se me verá retroceder ante las amenazas. Mi confianza está en Dios y en mi derecho; y Rusia, seguro estoy de ello, sabrá demostrar en 1854 lo que fué en 1812.»

El 20 de febrero el general de Castelbajac dirige á M. Drouyn de Lhuys su última comunicación. «Ayer vi, dice, al emperador Nicolás, á M. de Nesselrode y al conde Orloff, y para mí resulta de su larga conversación que nada ha cambiado en la situación política tal como se revela en la carta del emperador Nicolás á S. M. Por el contrario, parece haberse agravado á causa del afán cada día más pronunciado que el pueblo ruso manifiesta por la guerra. Los últimos preparativos, suspendidos un instante, se han continuado con nuevo ardimiento desde las últimas declaraciones de Francia é Inglaterra sobre el modo de ocupar el mar Negro. Las legaciones inglesa y francesa marchan, la una mañana por la noche y la otra al día siguiente á primera hora, á fin de no carecer de caballos. Si el mal estado de los caminos no lo impide, estaré en París el 2 de marzo.»

El general de Castelbajac ha cumplido noblemente su misión hasta el fin. La historia hará justicia á este hombre de honor, que más cuerdo y perspicaz que sus contemporáneos, tuvo el mérito de pensar y el valor de decir que una lucha entre dos pueblos tales como Francia y Rusia era una catástrofe, no sólo para las dos naciones, sino para la humanidad entera.

El 21 de febrero el tsar dirige á sus súbditos una proclama en que dice: «¿No somos aún hoy ese mismo pueblo ruso cuya valentía se demostró por los fastos memorables de 1812? ¡Que el Altísimo nos ayude á probarlo! En esta esperanza combatiendo por nuestros hermanos oprimidos, que confiesan la fe de Cristo, Rusia no tendrá más que un corazón y una voz para exclamar: ¡Dios, nuestro Salvador! ¡Qué podemos temer? ¡Que Cristo resucite y que sus enemigos se dispersen!»

El 2 de marzo de 1854, al abrir la legislatura Napoleón III se expresa así en el discurso del trono: «Apenas terminada la escasez, la guerra comienza. El año pasado prometí hacer todos mis esfuerzos para mantener la paz tranquilizando á Europa, y he cumplido mi palabra. A fin de evitar la lucha, he ido tan lejos como el honor me lo permitía, y Europa sabe ahora, á no dudarlo, que si Francia desenvaina la espada es porque la obligan á ello. También sabe que Francia no tiene ninguna idea de engrandecimiento y que tan sólo quiere resistirse á invasiones peligrosas. Me complazco en proclamar altamente que el tiempo de las conquistas ha pasado para no volver, pues de aquí en adelante no podrá una nación hacerse grande y poderosa por el hecho de ensanchar los límites de su territorio, sino poniéndose á la cabeza de las ideas nobles y elevadas, haciendo prevalecer por doquiera el imperio del derecho y de la justicia.»

Después de examinar las causas del litigio el soberano añade: «Que no vengan á preguntarnos más lo que vamos á hacer en Constantinopla. Vamos con Inglaterra á defender la causa del sultán, y también á proteger los derechos de los cristianos. Vamos á defender la libertad de los mares, y nuestra justa influencia en el Mediterráneo; vamos con Alemania para ayudarla á conservar la categoría de que al parecer se quería despojarla y para asegurar sus fronteras contra la preponderancia de un enemigo demasiado poderoso. Vamos, en fin, con todos aquellos que quieren el triunfo del buen derecho, de la justicia y de la civilización.»

Así como el emperador Nicolás, Napoleón III invoca al Todopoderoso y termina así su discurso: «Confianto sobre todo en la protección de Dios, espero llegar muy pronto á una paz que nadie podrá perturbar impunemente.»

El 27 de marzo el ministro de Estado se dirige al Senado y al Cuerpo legislativo para leer la declaración siguiente: «El gobierno del emperador y el de Su Majestad británica habían declarado al Gabinete de San Petersburgo que si la cuestión con la Sublime Puerta no se arreglaba en términos puramente diplomáticos, y que si la evacuación de los principados de Moldavia y de Valaquia no comenzaba inmediatamente, efectuándose en un plazo fijo, se verían obligados á considerar una contestación negativa ó el silencio como declaración de guerra. Habiendo resuelto el Gabinete de San Petersburgo no contestar á la comunicación anterior, el emperador me encarga notificaros esta resolución, que constituye el estado de guerra de Rusia con nosotros, recayendo toda responsabilidad sobre esa nación.»

¡Ay! Nada es tan contagioso como la guerra, y después de una paz larga y fecunda, Europa entra en un período fatal. Las guerras de Oriente, de Italia, de 1866, y de 1870, dimanarán unas de otras, y después de todas esas luchas vendrá como conclusión una paz armada, casi tan triste, y tal vez más onerosa aún que la guerra misma. ¿Y por qué se van á verter tantos torrentes de sangre?

XXI

LA GUERRA DE ORIENTE

La guerra, hasta el desembarco de las tropas inglesas y francesas en Crimea, se llamará guerra de Oriente. No tenemos la pretensión de escribir su historia después de las obras magistrales de M. Camilo Rousset y del general Fay; tan sólo nos proponemos recordar la impresión que producían en París las diversas fases de la lucha, poniendo en claro, según la correspondencia de los mismos héroes y los informes de testigos oculares, los franceses y sentimientos cristianos de los hombres que se cubrieron de gloria durante aquel período lleno de peligros y de sufrimientos.

El ejército, aunque sin estar preparado, ni saber siquiera cuál será el teatro de las operaciones, se muestra poseído de ardimiento y confianza. Su general en jefe es el mariscal Saint-Arnaud, que si bien atacado ya de una enfermedad mortal, quiere ilustrar su memoria con otra cosa que no sea el golpe de Estado. En un principio, solamente se envían tres divisiones á Oriente, confiada una al general Canrobert, la otra al general Bosquet y la tercera al príncipe Napoleón. El 28 de febrero el príncipe había escrito al emperador lo siguiente: «Señor: en el momento de estallar la guerra, ruego á Vuestra Majestad que me permita formar parte de la expedición que se prepara. No pido mando de importancia ni título que me distinga; el puesto que me parecerá más honroso será aquel que más me acerque al enemigo. El uniforme que con tanto orgullo visto me impone deberes que me complaceré en cumplir, y quiero ganar el alto grado que vuestro afecto y mi posición me confirieron.»

El general Bosquet, que desde el punto de vista político no había sido partidario de la guerra, se estremeció de alegría, sin embargo, al pensar que iba á empuñar las armas. «Mi corazón está alegre, escribió el 7 de marzo de 1854; mis doce mil hombres son casi todos antiguos soldados de África, y la mayor parte de los oficiales, amigos, hermanos de armas. Tengo en mi división mil seiscientos árabes, tiradores indígenas, y dos mil doscientos zuavos del tercer regimiento, aquellos que con frecuencia se batieron como yo en la Kabilia, y que son buena gente. Canrobert es para mí un hermano; y en rigor, esto no es una ruda guerra, sino una partida de recreo.»

El general Bosquet no cuenta más que cuarenta y tres años; nació el 8 de noviembre de 1810, y ningún oficial tiene tanta fogosidad y sangre fría: es el